

Cuento Para Niños

De la Ciudad al Campo

—José ANTONIO ZAMBRANO

1.—El primer día que pasamos aquí le pregunté a mi papá si el Sol de la ciudad es el mismo que el del campo. El me dijo que sí. Yo me quedé pensando que no se parecen nada. El Sol de la ciudad se ve cansado y hasta un poco enfermo. Veía yo que le costaba trabajo asomarse por encima de los edificios. Cuando ya despertaba temprano me preguntaba: “¿Qué estará haciendo en este momento el Sol?” Y pensaba en un viejito que no podía levantarse. Al rato comenzaba a verse el fulgor y decía yo: “Ya salió el Sol con su abrigo y su bufanda, pobrecito, de seguro tiene tos por esa nube gigante de humo y polvo que tiene siempre delante de la cara. Sus rayos son débiles y opacos”.

En cambio el Sol de aquí es como un joven deportista que siempre se levanta lleno de vigor. Su luz es como un baño de oro para el mundo. Respira, el Sol del campo, este mismo aire transparente que respiro yo; por eso asciende al cielo con fuerza y me manda, en sus rayos, esta energía que me entra por cada poro de la piel.

2.—Mi casa está al pie de una montaña. Bueno, es una loma, una pequeña colina, pero imagino que es una montaña. Me encanta subir allá desde una tarde que fui a la casa de mi primo que todavía vive en la ciudad. Estábamos mirando por la ventana. El arcoiris se dibujó encima de la montaña a cuyo pie está mi casa. Por eso me gusta ir allá: espero ver algún día brotar los colores que forman el arcoiris.

3.—Aparte de todo eso, me entretengo en todo lo que pasa aquí. En los animales, por ejemplo. Veo todo el día a las cabras, las ovejas, los asnos y los caballos alimentarse de yerba. No sé porqué me imagino, algunas veces, que todos esos animales pudieran volverse verdes o que por dentro están verdes, por comer tanta yerba.

4.—Una vez me puse a caminar. “A ver hasta dónde aguanto”, me dije, y ahí voy camine y camine; de pronto sentí mucho calor, volví hacia arriba y en el cielo estaba el Sol nada más, sin ninguna nube. Los rayos solares caían duro y quemaban. Me senté en una piedra, fatigado. En eso vi algo que se movía en el suelo: era una hormiga negra. Me imaginé que ese animalito también tendría calor. “De seguro ella, igual que yo, buscó una nube en el cielo sin encontrarla”, pensé. Entonces me puse de pie y dije: “Yo seré una nube para ella”. ¡Y la hormiga avanzó bajo la frescura de mi sombra!

5.—En los ríos y en los arroyos que hay por aquí puedo conocer el agua que anda libre, antes de entrar en los tubos que la conducen a la ciudad. El agua que bañará a las personas, que aseará las casas, que regará los jardines, yo la puedo conocer desde que nace en los manantiales o en la lluvia. El agua que aparece cuando una persona, en su casa de la ciudad, abre la llave, yo lo conozco en forma anticipada.

6.—Desde que vivo en el campo he cambiado de sueños, mejor dicho, ya tengo sueños. Siempre he imaginado a los sueños como nubes que bajan del cielo, pasan a través del techo de las casas y caen encima de las personas que duermen, les inundan la memoria, les invaden el corazón, y esas personas se ponen a soñar.

En la ciudad los sueños se espantan con tantos ruidos y luces, además, como hay esmog, los sueños no se acercan por temor a mancharse.

¡En el campo hay tantos sueños que hasta puedo escoger! Hay de blanco y negro y hay de colores; hay con sabor a fresa, chocolate o vainilla. Hay de todos. Cuando llega un sueño que no me gusta, simplemente lo reboto como un globito que truena y espero otro que me acompaña hasta que amanece.